

cimiento de la soberanía de Cleopatra á quien tanto odiaba. Por esto Potino excitó por todos los medios imaginables el fanatismo del pueblo contra César y los romanos. César habia enviado á buscar refuerzos al Asia; pero antes de que llegaran, los ejércitos egipcios mandados por Aquilas, sublevaron, por órden secreta de Potino y del rey, al pueblo de Alejandría y á los 20,000 infantes y 2,000 jinetes que se acercaban procedentes de Pelusio, y que, á pesar de su origen itálico, eran mortales enemigos de César. Este, ante tal levantamiento, vióse en situacion muy apurada. Atacado enérgico y hábilmente por las masas que, excitadas por la princesa Arsinoe, y, despues de haber sido muerto Aquilas, conducidas política y militarmente por su confidente, el eunuco Ganimedes, dominaban toda la comarca, hubo de costarle mucho á César, que se habia deshecho de Potino y habia encarcelado al rey Tolomeo, conservar, con sus escasas fuerzas y con sus buques, en su mayor parte rodios, el castillo, el teatro y la isla del Faro, de que no pudo apoderarse hasta haber destruido una parte de la escuadra egipcia.

Cuando Ganimedes, despues de cinco meses de lucha, hubo reconquistado el Faro, César puso en libertad á Tolomeo, el cual le prometió hacer todo lo posible para conseguir que los alejandrinos depusiesen las armas. Mas apenas se vió fuera de la fortaleza, renovó la lucha con mayor energía, si bien se perjudicó por haber aconsejado, llevado de su envidia, á Arsinoe, que se deshiciere del excelente Ganimedes. Por último, despues de haber recibido César una legion del Asia, se presentó, en marzo del 47, en el istmo de Suez un poderoso ejército auxiliar. Mitridates de Pérgamo, que era, al parecer, un bastardo del antiguo rey pónico, y que poseia excelentes dotes militares, acudió tambien al auxilio de César con contingentes de las tropas nacionales de los cilicios, itureos, de los pueblos del Líbano, de los judíos y de otras muchas tribus. Cuando Mitridates, dejando atrás á Pelusio, se dirigió hácia Ménfis y llegó á la orilla izquierda del Nilo, á pesar de la resistencia que le opuso un ejército egipcio, bajando luego por la orilla izquierda del Delta occidental, apresuróse César á dar un rodeo por la parte occidental del lago Mareotis, para reunirse con el audaz pergamense. Entonces fué completamente derrotado el ejército de Tolomeo, que se encontraba en el Delta, ahogándose el rey en su huida, y César pudo, desde el Sur, entrar triunfante en Alejandría (27 de marzo del 47). La ciudad no sufrió castigo alguno, y solo hubo de recibir, como guarnicion, tres legiones romanas. Arsinoe fué conducida prisionera á Roma, Chipre agregada nuevamente á Cilicia, y Cleopatra, que no tenia ya á su lado mas que un hermano de seis años, reconocida reina de Egipto, aunque bajo la soberanía de Roma.

César descansó algun tiempo en el valle del Nilo, en donde el orgulloso romano habia concebido una ardiente pasion hácia la sin par hermosura de la jóven reina, su fiel aliada en la lucha. Los asuntos de Occidente tomaron en tanto un aspecto funesto: la larga ausencia de César y la situacion critica en que se habia visto en Alejandría, dieron espacio á que los enemigos de César, en Africa, hiciesen nuevos é importantes aprestos. En Italia, donde se esperaban el regreso y las reformas del entonces señor de la nacion, el Senado, despues de la noticia de la batalla de Farsalia, habia acordado conceder al vencedor grandes honores y privilegios. César recibió el derecho de decretar la paz ó la guerra, de disponer de las provincias pretorianas, de decidir las elecciones de todos los grandes funcionarios, á excepcion de las que correspondian á los comicios tribunados, y de poder ser reelegido cónsul durante cinco años consecutivos, siendo, ante todo, nombrado dictador por espacio de doce meses. Por otra parte, el

enérgico é inteligente cónsul Servilio Isáurico, en el año 48, no sin grandes trabajos, habia podido dominar la inmoral agitacion del pretor M. Celio Rufo, que, acosado por cuantiosas deudas, durante las difíciles luchas de Dirraquio, habia propuesto la abolicion de las deudas y la franquicia de los alquileres de casa por espacio de un año, pereciendo, por último, con su cómplice Milon, en una sublevacion de Thurios. Además, en el año 47, Marco Antonio (que á pesar de sus excesos era un hombre enérgico é inteligente, y que, habiéndose suspendido toda eleccion curul hasta el regreso de César, gobernaba como *magister equitum* en su nombre la Italia) solo á duras penas pudo calmar la agitacion producida por la política comunista de Celio, representada entonces por P. Dolabella. Tambien proseguia la lucha en Dalmacia, donde los numerosos restos de las tropas y buques pompeyanos, mandados por Octavio, oponian enérgica resistencia al legado de César, Quinto Cornificio. El sucesor de este, A. Gabinio, habia intentado, durante el invierno del 48 al 47, y con numerosas fuerzas, una expedicion á las abruptas montañas dálmatas, que tuvo infeliz resultado, pereciendo al retirarse á Salone. La afortunada energía con que Octavio volvió á recorrer esta comarca se estrelló ante la victoria naval conseguida en Tauris, hoy Torcola, en las cercanías de Lesina, por el jefe de las fuerzas de Brindis, P. Vatinio, que obligó á Octavio á regresar al Africa.

XVII.—BATALLA DE ZIELA. CÉSAR EN ROMA. THAPSOS.

Los sucesos presentaban, en la primavera del año 47, peor aspecto en el Asia Menor: Farnaces no habia querido obedecer el mandato de César, que le ordenaba evacuar la Pequeña Armenia, debiendo, por lo tanto, Cneo Domicio Calvino, legado que César habia enviado al Asia Menor despues de la batalla de Farsalia, tomar las armas al frente de dos legiones, compuestas una de soldados hasta entonces pompeyanos y otra de romanos reclutados en Asia, y de dos divisiones del gálata Deyotaro. Trabada la batalla junto á Nicópolis, á fines del año 48, la victoria correspondió á Farnaces, porque la antigua legion romana de Calvino fué la única que se portó valerosamente. Calvino no pudo evitar que Farnaces adquiriese preponderancia, y que su causa hiciera en todas partes grandes progresos. En vista de ello, César se decidió á intervenir en persona en la lucha, y cuando, en el verano del año 47, salió de Egipto y atravesó la Siria, Cilicia y Capadocia, fortaleciendo en todas partes el nuevo órden de cosas, se arrojó, con una pequeña legion de veteranos y con las tropas de Calvino y de Deyotaro, sobre Farnaces, que, en 2 de agosto, fué completamente derrotado. El reino del Bósforo fué dado al principe Mitridates, que habia salvado á César en Egipto, y á quien se dió además una parte de Galacia. Deyotaro, como antiguo pompeyano, quedó reducido á sus antiguos territorios gálatas, perdiendo la Pequeña Armenia que se agregó á la Capadocia.

Entonces pudo ya César regresar á Roma, á donde llegó en el mes de setiembre, y donde hubo de encontrarse con difíciles luchas é intrincados negocios. El nombramiento del cónsul del año, el aumento del número de pretores hasta diez, algunos alivios en la cuestion de las deudas, eran otras tantas cosas que requerian su atencion, junto con la difícil tarea de dominar la agitacion de una parte de sus antiguas tropas, que desde la jornada de Farsalia acampaban en Campania y que habian perdido su antigua disciplina. Esperando con impaciencia sus pagas y disgustadas por la perspectiva de una nueva y difícil guerra en Africa, se negaron en julio del año 47 á dejarse embarcar para Sicilia, y marcharon en rebelion abierta hácia el campo de Marte, en Roma. Llegado que hubieron allí, el hábil César, comenzan.

do por licenciarlos, prometiéndoles crecidos salarios y tratándolos, no ya como camaradas, sino como ciudadanos, consiguió al fin ganar de nuevo las simpatías de aquellos veteranos, animados todavía por el espíritu militar.

Esto no obstante, la nueva campaña se presentaba difícil: en África, donde se habían reunido los mejores oficiales pompeyanos y republicanos, y donde había 10 legiones romanas a las órdenes de Metelo Escipión, 4 de Yuba, 120 elefantes, numerosa caballería, una fuerte escuadra, y cuantiosos recursos en dinero, la indignación y el fanatismo de todos los caudillos, menos Catón, eran extraordinarios. La idea de César, de mandar operar desde España contra los africanos, no se había podido llevar a cabo, porque también allí amenazaba un levantamiento, que César pudo dominar en otoño del año 47, después de haber destituido a Casio Longino y de haber enviado al Bétis, en lugar de éste, a Cayo Trebonio. A fines del mencionado año, César, que había sido elegido cónsul para el 46, pudo presentarse en el África. En 25 de diciembre, según unos, y según otros en 8 de octubre (y esta última fecha es la más probable) embarcóse con cinco legiones de soldados bisoños y una de veteranos; pero hubo de luchar tanto con el viento y con las tempestades que, en 3 de enero del año 46, todo su ejército tuvo que replegarse a las playas de Ruspina y Pequeña Leptis, que fueron puestas en comunicación con un fuerte campamento por medio de una línea de fortificaciones. El general romano hubo entonces de sostener difíciles luchas con las masas de jinetes y arqueros africanos, mandados por Labieno, y de aguijonear a los príncipes moros Bogud de Tingis y Bocco de Jol, al antiguo corsario Sitio y a los nómadas de Getulia, para que dirigiesen sus ataques contra Numidia. La falta cometida por Metelo Escipión, que en vez de dirigirse hacia el interior llevó la guerra a la costa, abundante en ciudades poco favorables a los republicanos, dejó malograr la ocasión que tantas

probabilidades de éxito ofrecía a los enemigos de César. La lucha que tuvo por teatro la comarca de Adrumentum, Ruspina y Thapsos, no ofreció, en el transcurso de dos meses, más que batallas de escasa importancia ó simples escaramuzas. César, por último, había podido llamar a sí a las antiguas legiones de Italia, conseguido lo cual, atacó enérgicamente la ciudad de Thapsos, para obligar a sus adversarios a librar una batalla en toda regla, batalla que aceptaron por fin los pompeyanos en 6 de abril del año 46, bien que en posiciones para ellos muy desventajosas. Antes de que hubiesen podido terminar las fortificaciones de su campamento, atacó César con ocho legiones, introdujo, con sus honderos y arqueros, el desorden entre los 60 elefantes con que Escipión quería cubrir su ala izquierda, y se arrojó con impetuosa violencia contra sus desconcertados enemigos; y como los soldados de César estaban altamente disgustados por las interminables campañas, se cebaron de tal manera en los pompeyanos, que 50,000 de estos quedaron en el campo de batalla. El rey Yuba y la mayor parte de los caudillos del ejército vencido, unos se suicidaron y otros encontraron su muerte en la fuga, pudiendo tan solo llegar sanos y salvos a España, Labieno, Varo y los hijos de Pompeyo. El más noble de todos los adversarios de César, Catón, que ejercía el mando en Utica, dióse a sí mismo la muerte, para no sobrevivir a la ruina de la república. El reino de Numidia fué fraccionado: los territorios occidentales se cedieron al rey mauritano Bocco; los orientales, hasta el río Ampsada, incluso Cirta, en donde se había establecido el contingente de Sitio, fueron convertidos en provincia, con el nombre de Nueva África, cuyo gobierno se confirió al historiador Salustio; y en julio del año 46, pudo César entrar de nuevo en Roma, para celebrar con imponente pompa el brillante triunfo conseguido sobre los celtas, egipcios, bosforanos y nómadas.

CAPÍTULO III

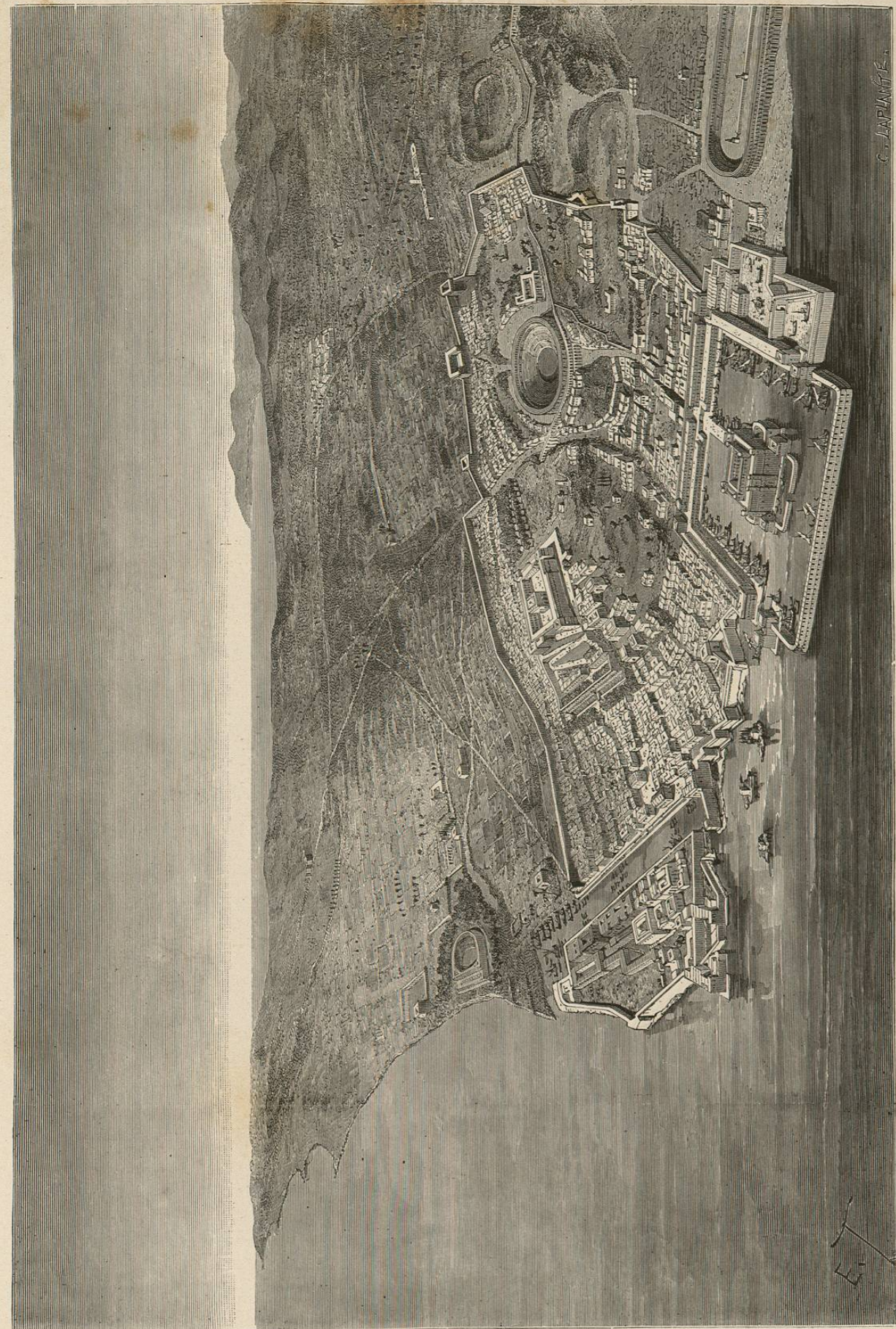
FIN DE LA REPÚBLICA

I. Estado de la cultura romana. Literatura.—II. Lujo de las construcciones romanas. Lujo en la mesa. Caza. Degradación de los romanos.—III. La filosofía. Estado social.—IV. César, nuevo *imperator* del Estado romano. Reformas de César.—V. Guerra en España. Batalla de Munda.—VI. Plan de César para la guerra de los partos. Cayo Octavio.—VII. Casio y Bruto. Muerte de César.—VIII. Marco Antonio y los asesinos de César. La política de Marco Antonio.—IX. Rivalidad entre Octaviano y Antonio. Derrota de Antonio en Mutina.—X. Situación de Bruto y Casio. Alianza de los cesarianos en la Galia. Apogeo de Octaviano.—XI. El segundo triunvirato. Las proscripciones. Terrible situación de Italia.—XII. Bruto y Casio. Batalla de Filipos.—XIII. Guerra perusínica. Antonio en Asia. Cleopatra.—XIV. Guerra de los partos. Los tratados de Brindis y de Miseno. Agripa en las Galias.—XV. Guerra entre Octaviano y Pompeyo. Muerte de Pompeyo. Derrota de Lépido.—XVI. Dalmacia y Panonia. Guerra de Antonio con los partos.—XVII. Rompimiento de Antonio y Cleopatra con Octaviano. Guerra entre Octaviano y Antonio y Cleopatra. Batalla de Actium.—XVIII. Mesia. Muerte de Antonio. Muerte de Cleopatra. Octaviano se anexiona el Egipto.

I.—ESTADO DE LA CULTURA EN ROMA. LITERATURA

Parecía que las armas podían ya descansar por largo tiempo. César, cuya autocracia no era ya disputada, debía llevar a cabo la colosal tarea de encontrar la forma que más se aveniese con su nueva situación, y de reorganizar y dar nueva vida a la nación, herida gravemente por los horrores de la guerra civil y por las consecuencias del largo y funesto período del régimen aristocrático. Pronto se vió que solo al genio de César era dado dar cima a una parte de esta empresa tan gigantesca. En la situación política y social de los roma-

nos, se había hecho imposible conservar por mucho tiempo una república poderosa, ni crear una nueva monarquía espontáneamente reconocida. La más somera inspección del estado interior del pueblo romano, especialmente de los romanos propiamente dichos, demostraba de un modo harto claro que las antiguas virtudes nacionales, que en mejores tiempos habían echado las verdaderas bases de la poderosa república, estaban en rápida y completa decadencia. El aspecto exterior que ofrecía la existencia romana en los últimos días de la república era ciertamente brillante y magnífico. La antigua rudeza cedía, en las clases dominantes de la sociedad roma-



Vista de Utica